

## SARMIENTO EN FRANCIA

“On ne tue pas les idéés”. Estas son, al parecer, las primeras palabras francesas que escribió Sarmiento. Y si no son las primeras tienen por lo menos el mérito de integrar uno de los lemas con lo que suele caracterizar a ese gran luchador. Huyendo de San Juan por motivos que no hace falta recordar, el 19 de noviembre de 1840, el proscrito se dirige hacia Chile. “Al pasar por los baños de Zonda —escribió el mismo prófugo en el *Facundo*— bajo las armas de la patria que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras: “On ne tue pas les idéés”. (Esta frase se ha traducido literalmente y difundido bajo la forma desahrida de: no se matan las ideas, sin tener en cuenta la traducción mucho más gráfica que de ella diera el genial sanjuanino: “Las ideas no se degüellan”. Al acriollar en esta forma la frase extranjera daba a ésta un matiz criminal e histórico en el que los contemporáneos podían percibir una alusión candente a las luchas partidarias).

El mismo Sarmiento aclaró que había sacado esta frase de una obra del pensador francés Fortoul; pero la hizo suya al adaptarla como grito de rebeldía.

¿Cómo y cuándo Sarmiento aprendió francés? Aunque no lo dice, parece que fué por los años que corren entre 1825 y 1829. Por lo menos se ocupó entonces como ayudante de Mr. Bureau, ingeniero francés que hacía la delineación y el plano de la ciudad. No se puede asegurar que el joven Sarmiento empezara a practicar francés con ese ingeniero, pero es probable. De todas maneras las relaciones entre el sanjuanino y el

francés duraron poco. El francés tuvo la mala ocurrencia de criticar la actuación de Facundo Quiroga. Y cuando el tigre de los llanos se apoderó de San Juan, el francés fué detenido y tuvo que marcharse.

El momento no era muy oportuno para estudiar, sin embargo, por más extraño que parezca, es gracias a los disturbios provocados por la actuación de Fray Aldao, que Sarmiento pudo progresar en el estudio del idioma francés. En efecto: "En 1829 —escribe en *Recuerdos de Provincia*— escapado de ser fusilado en Mendoza por el fraile Aldao... tuve en San Juan mi casa por cárcel, y el estudio del francés por recreo. Vínome la idea de aprenderlo con un francés, soldado de Napoleón, que no sabía castellano, y no conocía la gramática de su idioma... Con una gramática y un diccionario prestados, al mes y once días de principiado el solitario aprendizaje, había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memoorias de Josefina*". Más adelante, con toda modestia, Sarmiento confiesa: "Catorce años he puesto después en aprender a pronunciar el francés, que no he hablado hasta 1846; después de haber llegado a Francia".

No cabe duda que Sarmiento se entregó al estudio de ese idioma con la misma pasión que pusiera en todo; no se contentó con devorar a solas el diccionario y la gramática: pasó pronto de discípulo a profesor, enseñando el francés a algunos amigos. Con este estado de ánimo, cuál no sería su alegría cuando, en 1837, se estableció en San Juan don Manuel Quiroga Rosas, poseedor de una biblioteca atestada de obras de Villemain, Jouffroi, Lerminnier, Guizot, Cousin, Didier, Tocqueville, Leroux, etc....

Con estas premisas hemos sentado más o menos los conocimientos de francés que Sarmiento tenía antes de su viaje a Europa.

Pasaremos a Chile donde, en 1845, vivía desterrado. El ministro chileno Manuel Montt, amigo suyo, le encarga la misión de ir a Europa y a los Estados Unidos a estudiar el desenvolvimiento de la instrucción primaria.

Provisto de cartas de recomendación, Sarmiento se embarca en Valparaíso el 28 de octubre de 1845. En diciembre llega a Montevideo. De Montevideo pasa a Río en donde permanece los meses de febrero y marzo de 1846. Y sube a bordo del paquete "La Rose" que hacía normalmente el viaje entre Le Havre y Río de Janeiro.

A partir de ahora utilizaremos como principales fuentes de información las cartas que Sarmiento escribió desde Europa y que él mismo publicó más adelante; y el utilísimo diario de gastos que el viajero tuvo al día durante su periplo y que fué descubierto hace pocos años en el Museo Histórico Sarmiento, por don Antonio P. Castro. También nos valdremos de ciertos documentos inéditos y de algunas cartas originales que no han sido publicadas todavía.

Por el diario de gastos, sabemos con precisión que Sarmiento estuvo en Francia desde el 6 de mayo de 1846, fecha de su desembarco en Le Havre, hasta el 2 de octubre del mismo año. Después pasó a España y lo encontramos en Argelia desde el 20 de diciembre hasta el 13 de enero de 1847. El 14 está en Marsella donde se queda hasta el 25 y se embarca para Génova. Después de un viaje por Italia, Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica, Sarmiento está de nuevo en Francia, desde el 18 de junio hasta el 31 de julio de 1847.

Ese día el viajero anota en su libreta: "passage du canal", pasaje del canal; se trata del Canal de la Mancha. Sarmiento pasa a Inglaterra y luego a Estados Unidos.

De las fechas cotejadas se infiere que Sarmiento estuvo seis meses en la Francia metropolitana y tres semanas en Argelia.

Se ha dicho que Sarmiento redactó las anotaciones de su diario en los idiomas de los países que visitaba. Con la libreta a la vista, comprobamos que, en realidad, Sarmiento utiliza casi exclusivamente el francés y el castellano, no sólo cuando se encuentra en un país de habla francesa o española, sino también en los otros. Así escribe en castellano anotaciones relativas a Italia, Suiza, Alemania, Holanda. En la parte

redactada en Inglaterra advertimos algunas frases sueltas en inglés pero lo demás está escrito en francés y sobre todo en castellano. Todo lo que se refiere a Estados Unidos viene también en castellano.

El diario de gastos permite reconstruir día a día la vida de Sarmiento en Francia. Nos atenderemos solamente a los hechos más salientes y a ciertos pormenores especialmente pintorescos o sabrosos. Por ejemplo éste: Sarmiento anota: Pasaje de Río de Janeiro al Havre en la Rose 800 francos. En los días de estadía en El Havre se gasta 20 francos en cena y alcoba. El pasaje en el barco a vapor, en primera, hasta Rouen le cuesta 10 francos. Pero dejémonos ya de números y veamos cómo en la carta que desde Rouen, envía a su amigo Carlos Tejedor, Sarmiento expresa su emoción al divisar las costas de Francia:

“Las costas de Francia se diseñaron al fin en el lejano horizonte. Saludábanlas todos con alborozo, las saludaba también yo, sintiéndome apocado y medroso con la idea de presentarme luego en el seno de la sociedad europea, falto de trato y de maneras, cuidadoso de no dejar traslucir la “gaulcherie” del provinciano, que tantas bromas alimenta en París. Saltábame el corazón al acercarnos a tierra y mis manos recorrían sin meditación los botones del vestido, estirando el frac, palpando el nudo de la corbata, enderezando los cuellos de la camisa, como cuando el enamorado novel va a presentarse ante las damas”.

Al llegar al Havre, Sarmiento experimenta la desilusión del viajero extranjero que acostumbra a imaginar a Francia como un museo; se asombra cuando descubre que tener un pasado no está reñido con tener un presente y hasta un porvenir. Y escribe en la misma carta: “No he podido des impresionarme en dos días del mal efecto que me ha producido esta primera impresión. Parece que Le Havre no es la Francia, sus bellísimos edificios son modernos, no hay antigüedades, no hay monumentos...”

En cambio su viaje fluvial entre Le Havre y Rouen no

lo defrauda porque puede contemplar a sus anchas, en ambas orillas del Sena, castillos medievales; iglesias góticas y pueblos varias veces centenarios.

En Rouen, Sarmiento no se cansa de admirar la catedral; las iglesias, las torres. También conoce los alrededores que recorre a caballo con su amigo francés Tandonnet a quien conoció durante la travesía y con el cual intimó a pesar de ser este señor un admirador de Rosas. En el Museo Sarmiento se conserva el plano de Rouen comprado por Sarmiento, en el cual de mano del viajero están trazados sus paseos dentro y fuera de la ciudad. En el río del grabado, Sarmiento escribió: "arrivé du Havre par le bateau à vapeur Normandie". Y al pie del plano esta aclaración que escribió cabeza abajo: "Promenade à cheval avec mon ami Tandonnet aux environs". Sabemos por la libreta de gastos que este paseo le costó a Sarmiento la suma astronómica de 6 francos.

Con una curiosidad siempre alerta, el joven viajero hueronea por todas partes descubriendo a ratos modalidades o rasgos de costumbres que amenizan un relato en el que Sarmiento vierte con suma agilidad descripciones rápidas de paisajes entrevistados, reflexiones sobre la doctrina de Fourier y el famoso falansterio preconizado por este idealista, chistes irónicos sobre el carácter "bon enfant" o sea bonachón, de Rosas.

El 9 de mayo de 1846 Sarmiento va en ferrocarril a París.

Ahí, lo primero que aprende es a gobernar su bolsillo con cierta severidad. Y el párrafo siguiente de la carta a Don Antonio Aberastain, escrita unos tres meses después de su llegada a París, nos da la pauta de sus experiencias financieras:

"No bien hubimos llegado, llevóme a los Frères Provençaux, donde cenamos ambos por 60 francos, al día siguiente por 30 almorzamos en el Café de París, en un restaurant comimos por 10; en un Pasaje al día siguiente fuimos a almorzar por 3; y a comer por 32 sueldos al Pasaje Choiseul; últimamente a una abominable pocilga detrás de la Magdalena,

decorada con el nombre de Hotel Inglés, donde se sirve carne cruda de procedencia más que sospechosa, porotos duros y cerveza infame, todo por un franco para regalo de los que quieren salvar el honor de la bolsa, afectando anglomanía. Había, pues en tres días, recorrido los siete escalones de la vida parisiense, y conocido el camino que va de la opulencia a la escasez, haciéndome mi mentor este curso, para precaverme de todo accidente? Là-dessus, podía permanecer tranquilo; en una crisis financiera, conocía ya el camino del soi-disant Hotel Inglés...

Sarmiento tiene una predilección muy marcada por los guantes; compra guantes muy a menudo y de distintas clases: el nueve de mayo día de su llegada, guantes de seda; el 16 del mismo mes, dos pares, otra vez el 25; y unos guantes blancos el 4 de junio, "para ir a cenar en casa del señor Le Long", periodista francés que se ocupó de inmigración en la Provincia de Entre Ríos, y que mantuvo con él una correspondencia hasta la muerte.

Vuelve a comprar guantes el 20 de junio. Hay que creer que los tiraba conforme se iban manchando. Pero se daría cuenta que ese lujo le sale caro, y el 30 de junio compra "una caja de pomada para limpiar los guantes".

La pomada le dió resultado, al parecer, ya que no vuelve a comprar guantes hasta el 10 de septiembre. Pero la manía guantesca —si se me permite el neologismo— se hace de nuevo exigente y ese mismo día, como para resarcirse, compra media docena de guantes y una caja para guardarlos. Después de este derroche, no reincide y su guantomanía se apaga repentina y definitivamente. Pero no vamos a sacar listas, de los pantalones, cuellos, corbatas, calcetines y otras prendas que figuran en el "libro de gastos".

Sarmiento participa en la vida parisién. Así el 14 de mayo estuvo jugando en casa del señor Lasalle, Director de la revista *Correo de Ultramar*, esa revista que publicó en París el Martín Fierro, en castellano, desde luego, el mismo año que se publicaba en la Argentina. En casa de aquel señor no le

fué bien del todo ya que el indiscreto diario acusa una pérdida de 35 francos.

Es evidente que su misión oficial le abre las puertas. El 27 de mayo de 1846 la Universidad de París le expide una carta en la cual el Vice-Rector ruega “al señor Inspector de la Escuela Normal Primaria de Versailles y a los señores directores de escuelas primarias comunales de la ciudad de París se sirvan permitir la visita de su escuela al señor Domingo Faustino Sarmiento enviado a Francia por el gobierno de Chile para estudiar aquí la organización de nuestras escuelas normales y de nuestras escuelas primarias”. (Original en el Museo Sarmiento).

El 18 de mayo es un día especial para Sarmiento que se compra “una corbata blanca para ser presentado al Ministro Guizot”. Habían dicho al Ministro que si “deseaba saber algo sobre la cuestión del Río de la Plata”, oyese a un señor llamado Sarmiento. Pero por más que el visitante se esfuerce por explicar la situación en su propia patria, el jefe del departamento Dessage y Guizot se empeñan en no modificar el juicio que se han formado según los datos escasos que tienen y según su fantasía. Para ellos, Rosas equivale al rey Luis Felipe; la *mazorca* es el partido moderado; los gauchos representan la “petite propriété” etc... Sarmiento no tiene más suerte con el Ministro de Marina, el barón Mackau, que lo escucha como quien oye llover. Mucho más interesante es su entrevista con Thiers, adversario político de Guizot.

En un principio Thiers no puede dedicar más que un cuarto de hora a Sarmiento; pero, escribe el argentino: “El cuarto de hora pasó y quise levantarme”. No, todavía no, me interesa, siga Ud. Y al fin de tantos sufrimientos tuve la dicha, tan cara para los hombres que comienzan y no tienen prestigio, de verse animados, aprobados, aplaudidos, por una de las primeras inteligencias de la tierra. ¿Para qué he de decir el tema de mi discurso? M. Thiers, al oírme me decía: continúe Ud., la cuestión toma otro aspecto que no le conocía; esto es grande, continúe Ud. Y yo seguía; la palabra *me venía*

*fácil y neta en francés*, como en aquellas horas de interminable charla con mis amigos”.

Dos días después Sarmiento escuchará el discurso pronunciado por Thiers que aprovechará las informaciones que le dió el argentino.

Además de esas visitas oficiales Sarmiento tiene tiempo para dedicar algunos momentos a la “*flanerie*” parisiense que describe con tanta chispa en la carta a Aberastain:

“El español no tiene una palabra para indicar aquel *far niente* de los italianos, el *flâner* de los franceses, porque son uno y otro su estado normal. En París esta existencia, esta beatitud del alma se llama *flâner*. *Flâner*, no es como *flairer*, ocupación del ujier que persigue a su deudor. El *Flâneur* busca mira, examina, pasa adelante, va dulcemente, hace rodeos, marcha, y llega al fin... a veces a orillas del Sena, persigue también una cosa, que él mismo no sabe lo que es; al boulevard otras, o al París Royal con más frecuencia. Flanear es un arte que sólo los parisienses poseen en todos sus detalles; y, sin embargo, el extranjero principia el rudo aprendizaje de la encantada vida de París por ensayar sus dedos torpes en ese instrumento de que sólo aquellos insignes artistas arrancan inagotables armonías. El pobre recién venido, habituado a la quietud de las calles de sus ciudades americanas, anda aquí los primeros días con el Jesús en la boca, corriendo a cada paso riesgo de ser aplastado por uno de los mil carruajes que pasan como exhalaciones, por delante, por detrás, por los costados. Oye un ruido en pos de sí, y echa a correr, seguro de echarse sobre un ómnibus que le sale al encuentro; escapa de éste y se estrellaría contra un fiacre si el cochero no logra apenas detener sus apestados caballos por temor de pagar dos mil francos que vale cada individuo reventado en París. El parisiense marcha impasible en medio de este hervidero de carruajes que hacen el ruido de una cascada; mide las distancias con el oído, y tan certero es su tino, que se para instantáneamente a una pulgada del vuelo de la rueda que va a

pasar, y continúa su marcha sin mirar nunca de costado, sin perder un segundo de tiempo.

Por primera vez en mi vida he gozado de aquella dicha inefable de que solo se ven muestras en la radiante y franca fisonomía de los niños. Je flâne, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París. Ando lelo; pareceme que no camino, que no voy sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los bulevares. Sólo aquí puede un hombre ingénuo pararse y abrir un palmo de boca contemplando la Casa Dorada, los Baños Chinescos; o el Café Cardinal. Sólo aquí puedo a mis anchas extasiarme ante las litografías, grabados, libros y monedas expuestas a la calle en un almacén; recorrerlas una a una, conocerlas desde lejos, irme; volver al otro día para saludar la otra estampita que acaba de aparecer. Conozco ya todos los talleres de artistas de bulevar; la casa de Aubert en la plaza de la Bolsa, donde hay exhibición permanente de caricaturas; todos los pasajes donde se venden esos "petits riens" que hacen la gloria de las artes parisienses. Y luego las estatuitas de Susse y los bronce *nouveautés* entre ellos uno que acaba de abrirse en la calle Vivienne, con doscientos dependientes para el despacho, y 2.000 picos de gas para la iluminación.

Por otra parte, es cosa tan santa y respetable en París; el *flâner* es una función tan privilegiada, que nadie osa interrumpir a otro.

El *flâneur* tiene derecho de meter sus narices por todas partes. El propietario lo conoce en su mirar medio estúpido, en su sonrisa en la que se burla de él, y disculpa su propia temeridad al mismo tiempo. Si Ud. se para delante de una grieta de la muralla y la mira con atención no falta un aficionado que se detiene a ver que está Ud. mirando; sobreviene un tercero, y si hay ocho reunidos, todos los paseantes se detienen, hay obstrucción en la calle, *atropamiento*.

¿Este es, en efecto, el pueblo que ha hecho las revoluciones de 1789 y 1830? Imposible. Y sin embargo, ello es real;

hago todas las tardes sucesivamente dos, tres grupos para asegurarme de que esto es constante, invariable, característico, maquinal en el parisiense”.

Podemos imaginar a Sarmiento tal como lo describe Ricardo Rojas en *El Profeta de la Pampa*: “Sarmiento, joven de 35 años, se pasea por las orillas del Sena, bien aliñada la barba, bien peinado el jopo. Decorosamente vestido, según la moda parisiense, lleva, como Guizot, como Víctor Hugo, frac verde o marrón, chaleco de paño claro, cuello alto, corbata enfática en la limpia pechera, pantalones con presilla en el zapato reluciente”.

Sarmiento va a La Opera, al Teatro Francés, a ver a la famosa actriz Rachel.

Una fecha histórica: 24 de mayo de 1846. Quince días después de su llegada a París, Sarmiento escribe en su libreta: “Por el ferrocarril para ir a Grand Bourg a casa del General San Martín, 5 francos”. ¿Dónde está Gran Bourg? Basta mirar el plano que Sarmiento compró en París y en el que anotó, en castellano: Casa del General San Martín. A propósito del prócer argentino, Sarmiento escribe: “No lejos de la margen del Sena, vive olvidado don José de San Martín, el primero y el más noble de los emigrados que han abandonado su patria, su porvenir, huyendo de la ovación que los pueblos americanos reservan para todos los que los sirven”. Y como Sarmiento dice que tomó el tren, fijémonos en el plano de marras. En efecto, entre la línea del ferrocarril y el Sena entre Ris y Orangis, dos pueblos reunidos hoy en uno, figura una mancha pintada por Sarmiento, que representa la casa de su ilustre compatriota. Estamos en el mes de mayo, en un lugar encantador. Pero dejemos la palabra a Sarmiento que en su discurso de recepción en el Instituto Histórico de Francia escribe: “Jardines cultivados con toda la gracia del arte europeo, rodean una sencilla habitación, y entre las veredas flanqueadas de dalias y rosas variadas que la vista descubre en el estío, se presentan aquí y allí plantas americanas que el viajero saluda complacido, como a conocidos y compa-

triotas que encuentra establecidos en Europa. El monumento que los americanos solicitan ver allí, es un anciano de elevada estatura, facciones prominentes, y caracterizadas, mirar penetrante y vivo en despecho de los años, y maneras francas y afables”.

Oasis ideal para un anciano. San Martín tenía entonces 68 años. La casa del general es para Sarmiento un lugar de peregrinación hacia el cual se dirige muy a menudo.

A juzgar por las líneas que vamos a recordar ahora, San Martín miraba con cierto recelo a los visitantes. Dice en efecto, Sarmiento: “Nuestro Don Gregorio Gómez, el general Las Heras y otros restos del mundo antiguo me habían recomendado con amor, con interés, y el general Blanco díjole tan buenas cosas de mí que me recibió el buen viejo sin aquella reserva que pone de ordinario para con los americanos en sus palabras cuando se trata de la América”.

Pocas veces Sarmiento redactó páginas tan llenas de emoción como aquella que describe su primera entrevista con San Martín. Un año más tarde, el 18 de junio exactamente, Sarmiento visita por última vez al prócer para despedirse de él y de su familia. Pero no lo dejan irse sin demostración de simpatía y le regalan una página que lleva las firmas de Mariano Balcarce, el yerno; de Mercedes San Martín de Balcarce, la hija; de las nietas Mercedes y Josefa Balcarce. Cada uno de los asistentes stampa unos versos, un pensamiento. San Martín transcribe esta frase del escritor francés de Weiss: *Un préjugé utile est plus raisonnable que la vérité qui le détruit* (un prejuicio útil es más razonable que la verdad que lo destruye).. Este documento se puede consultar en el Museo Histórico Sarmiento de Buenos Aires.

Citaremos un párrafo de una carta escrita por San Martín, fechada en Grand Bourg 2 de septiembre de 1846 y dirigida al General D. Juan Gregorio de Las Heras: “. . . Como Ud. debe suponer su recomendado el Sr. Sarmiento ha sido tratado por mí y mis hijos con la consideración y franqueza que siempre me merecerá todo lo que venga de parte de Ud.

le he ofrecido todos los servicios que puedan depender de mí, y persuadido que si en algo me ocupa no será en vano; por otra parte la aplicación e instrucción de este apreciable compatriota lo hacen acreedor de toda consideración —pudiendo asegurarse desde ahora tendrá un porvenir distinguido”.

Hoy podemos apreciar el carácter profético de esta última cláusula.

Si Sarmiento pudo visitar repetidas veces a San Martín, a pesar de sus múltiples tareas, es en parte porque Grand Bourg se hallaba relativamente cerca de un lugar al que Sarmiento acudía por obligación. Leemos en una carta de Mariano Balcarce a Juan B. Alberdi, fechada en París 22 de septiembre de 1846: “He tenido también el gusto de conocer a nuestro excelente compatriota, el señor Sarmiento, cuyos vastos conocimientos y carácter amable lo hace tan recomendable. Poco después de su legada a París, vino a pasar algunos días en un establecimiento modelo para la educación del gusano de seda que se halla en nuestra vecindad, lo que nos proporcionó el gusto de verle con frecuencia”.

Sarmiento llevaba a Francia una presentación para el Dr. Sigaud, médico del Emperador y autor de trabajos importantes. Sigaud le presentó al Dr. Chavannes, promotor de la industria de la seda.

El establecimiento se encontraba en la granja de Sénart, en Mainville, que dista una legua de Grand Bourg. Allí el argentino estudió el arte de cultivar la seda, bajo la dirección de M. Beauvais, permaneciendo a veces varios días en Mainville.

Sarmiento envió desde París a la *Sociedad de Agricultura de Santiago* de Chile una *Memoria* sobre la cría del gusano de seda. En 1849 regresado a Chile, Sarmiento fundó la *Sociedad sericícola americana*, cuyos estatutos redactó el mismo. Es en Mainville, en el aludido establecimiento, donde conoció a Julio Belin que más adelante fundó una imprenta en Santiago de Chile, con Sarmiento y se casó con la hija de su socio.

¿Sarmiento conoce también al mundo literario de París?

Un francés emigrado a Chile, Lasserre le había dado recomendaciones para Arago y Mme Tastu “Célebre poetisa — escribe Sarmiento— que brilló en este ramo en su juventud y fué coronada por la Academia y hoy está consagrada a la educación maternal, para cuyo auxilio ha publicado preciosos tratados”. En la libreta de gastos, Sarmiento anota el 3 de julio de 1846: *Educación maternal*, de Mme Tastu, 13 francos, 10. Sarmiento asiste a las tertulias organizadas por esta dama y se forma una idea de lo que llamó “llagas actuales de la Francia”.

Podemos suponer que el joven argentino acudió varias veces al salón literario de Mme Tastu y llegó a ser uno de los íntimos de la familia, ya que en el Museo histórico se ve un documento que atestigua esta intimidad. Se trata de un dibujo que representa un escudo del siglo XVI y que fué ofrecido a Sarmiento por su “*devoué serviteur*” dice el texto. J. Tastu esposo de la poetisa y conservador de los manuscritos de la biblioteca de Sainte Geneviève en París.

, En la misma sala del Museo hay un retrato de Alejandro Dumas con el siguiente pensamiento firmado por el escritor: “*Dieu nous sert à nommer le mot que nous cherchons*” es decir, literalmente: Dios nos sirve para nombrar la palabra que buscamos.

Después de saborear tanto alimento intelectual, el joven siente necesidad de entregarse a otra clase de placeres. “Ah, si tuviera cuarenta mil pesos, nada más, qué año me daba en París” suspira Sarmiento un día que lo incomoda el mal le la patria. Pero Sarmiento no disponía de cuarenta mil pesos y el 15 de junio de 1846, leemos solamente, en el imprescindible e indiscreto diario de gastos, el dato lacónico: “*Orgía*”, 13 francos 5. ¿En qué consistió aquella farra? El diario permanece irremediadamente mudo sobre el particular. No trataremos de descubrir el secreto y nos resarciremos citando esta reflexión acerca de los bailes: “Los bailes son en París establecimientos públicos que se siguen a los teatros, luchando con

ellos en magnificencia, alumbrado y gusto. El Ranelagh correspondiera a la ópera italiana por la clase de concurrentes. Allí he visto a Balzac, Jorge Sand, Soulié y otras notabilidades literarias. . . ”

Antes de referirnos a los contratiempos sufridos por Sarmiento con su *Facundo*, mencionaremos esta profecía que se cumplió al pie de la letra: En la carta a Aberastain, Sarmiento escribe: “El hipódromo es una creación nueva del espíritu parisiense, que se incorporará pronto en el catálogo de diversiones públicas de todas las naciones europeas, y que debiera ser transportado incontinenti a América, en donde echaría raíces profundas”.

Ahora volvamos una vez más a la mina inagotable constituida por el libro de gastos. El 1º de agosto de 1846, leemos: Pagado a Mr. Bournon por la traducción de la primera parte del *Facundo*, 102 francos”. Este dato nos permite precisar el nombre del orientalista aludido por Sarmiento en su carta a Aberastain en la que escribe con cierta ironía de buena ley: “Al despedirme de mi buen amigo Montt, le decía yo con aquella modestia que me caracteriza: la llave de dos puertas llevo para penetrar en París, la recomendación oficial del gobierno de Chile y el *Facundo*; tengo fe en este libro. Llego, pues, a París y pruebo la segunda llave. Nada ni para atrás ni para adelante; no hace a ningún ojo. La desgracia había querido que se perdiese un envío de algunos ejemplares hecho en Valparaíso. Tenía yo uno; pero cómo deshacerme de él? ¿Cómo darlo a todos los diarios, a todas las revistas a un tiempo? Yo quería decir a cada escritor que encontraba, *anch'io* pero mi libro estaba en mal español, y el español es una lengua desconocida en París, donde creen los sabios que sólo se habló en tiempo de Lope de Vega o Calderón y después ha degenerado en dialecto inmanejable para la expresión de las ideas. Tengo, pues, que gastar cien francos para que algún orientalista me traduzca una parte. . . Tradúcela en efecto, y doíla a un amigo que debe recomendarla a las revistas. Ya han pasado dos meses entre traducir y leer, y nada

me dice. ¿Qué hay de mi libro? Estoy leyéndolo. Mala espina me da esto. Vuelvo más tarde, pido mi manuscrito y me dice: Lo hallo... un poco difuso... hay novedad e interés, pero... La verdad era que no había leído una palabra”.

Finalmente lo presentan al señor Buloz, director de la *Revue des Deux Mondes*. “M. Buloz es un respetable tuerto”, anota Sarmiento.

Le dicen que vuelva: el jueves siguiente, y cada jueves lo mismo. De jueves en jueves, un día, día por siempre memorable en la biografía de todo garrapateador de papel, las puertas de la redacción se me abren de par en par. Qué transformación. M. Buloz tiene dos ojos esta vez, el uno que mira dulce y respetuosamente, y el otro que me mira, pero que pestañea y agasaja, como perrito que menea la cola. Me habla con efusión, me introduce, me presenta a cuatro redactores que esperan para solemnizar la recepción. Soy yo el autor del manuscrito (una reverencia), el americano (una reverencia), el estadista, el historiador... Me saludan, me hacen reverencias.

Se habla del libro; hay un redactor encargado del “comp-te-rendu” de los libros españoles; que quiere ver la obra entera para estudiar el asunto. M. Buloz me suplica humildemente que me encargue de la redacción de los artículos sobre América...

Esta traducción, que yo no he visto y cuyo destino no he podido averiguar hasta ahora, y que tal vez no llegara a publicarse llamó la atención de los que la vieron, pues el primer interesado fué el propio director de la Revista.

El 3 de septiembre leemos en la bendita libreta: “coche a lo de Mazade, 3 francos”. Charles de Mazade, ensayista y periodista fué precisamente quien publicó el 15 de noviembre de 1846 en la *Revue des Deux Mondes* un artículo elogioso sobre *Civilización y barbarie*.

Traduiremos a continuación una parte de este artículo que siendo escrito por un francés tiene el mérito de la imparcialidad: “El libro del Señor Sarmiento es una de esas obras excepcionales de la nueva América, en las que brilla cierta origi-

nalidad. Es un estudio hecho sobre cosas vivas, un análisis profundo y enérgico de todos los fenómenos de la sociedad americana y particularmente de la sociedad argentina. La pintura que hace el Señor Sarmiento pone de manifiesto los vicios hereditarios, las causas de perturbación y de trastornos, las pasiones que tienden al retroceso de América a la vida salvaje. Por más lamentable que resulte el presente de aquellos países, sólo se puede considerar la lucha empeñada del otro lado del Atlántico como uno de esos males que envía la Providencia para aguzar la fuerza viril de los pueblos. La pintura que el Señor Sarmiento hace de América es excelente porque evidencia la úlcera que carcome aquellos jóvenes países y la enfermedad crónica que hace falta combatir”.

A continuación Mazade hace un análisis detallado del libro. No comentaré ese artículo pero sí subrayaré el interés con el cual el libro fué acogido en Francia. Gracias a ese artículo Sarmiento se hace célebre. Pero él lo sabe solamente en España, ya que cuando salió dicho artículo, el 15 de noviembre, Sarmiento estaba en Barcelona donde lo sorprendió la grata noticia. La celebridad, precede a Sarmiento en esa ciudad y escribe en una carta a Lastarria: “El Facundo había caído en manos de Meriée, el académico francés, que estaba allí; la Revista de Ambos Mundos acababa de hacer su complaciente compte-rendu del librote, y heme aquí que sabiendo mi llegada a Barcelona, M. de Lesseps —si, el famoso ingeniero del canal de Suez— ...andaba a caza del bicho raro que tan raro libro había escrito”. A raíz del encuentro, Sarmiento y Lesseps se hicieron amigos y Lesseps, entonces cónsul general en Barcelona, le dió cartas para el Africa. Allí otra sorpresa esperaba a Sarmiento. En pleno desierto el general Arnauld invita a Sarmiento y algunos oficiales superiores a comer. Y Sarmiento escribe: “El general, antes de ponernos a la mesa, mostrándome un número de la Revista de Ambos Mundos, me dijo: “Vea usted cómo aun en el centro del Africa, estamos al corriente de lo que pasa en el mundo, señalándome con el dedo el título *Civilización y barbarie* del

libro cuyo análisis ha publicado aquella revista". Y qué ufano se pondría el joven que comenta a continuación: La satisfacción de la negra honrilla literaria debe ser tan estimulante como el mucho ejercicio; pues que con cumplido tan lisonjero me sentí dotado de un apetito a la altura de la situación. "Sarmiento quedó agradecido a Mazade por la gauchada que éste le había hecho al escribir un artículo que le hiciera tan famoso y habiéndose creado vínculos de amistad entre ambos hombres, en 1866, veinte años después, Sarmiento que no había olvidado, le mandó una carta anunciándole el envío de su libro "Las escuelas base de la prosperidad y de la República en los Estados Unidos".

Para terminar la historia de los primeros pasos del *Faundo* en Francia, agregaré que el libro *Civilización y Barbarie* fué traducido íntegro al francés por el alferez de navío A. Giraud y publicado en París en 1853 es decir solamente unos ocho años después de la primera edición del original en Santiago de Chile.

En 1934, el señor Marcel Bataillon publicó otra traducción; y ya que estamos hablando de traducciones, diré también que la Unesco está preparando la traducción de los *Recuerdos de Provincia*.

El 9 de setiembre de 1846 Sarmiento parece poseído del demonio de los viajes si damos fe a lo que escribe en su diario de gastos ese día: "Mapa de los caminos de Francia y España, 13 francos".

Si tenemos alguna duda, ésta se desvanece cuando leemos el 10 del mismo mes: "Historia de Literatura española "6 francos", y como si esta literatura anónima fuera insuficiente: "Literatura Española Viardot, 6 francos". También el mismo día Sarmiento compra un diccionario alemán, una caja con compartimentos, un tarjetero para una maleta, y al día siguiente un nécessaire de viaje. Ya no hay duda posible.

Efectivamente, el día 12, Sarmiento toma el tren para Orleans y por etapas sucesivas llega hasta Burdeos. De paso advertimos en la libreta: "Tonterías en Burdeos 15 francos".

¿En qué consistieron esas tonterías? Ministerio y discreción. En todas las ciudades Sarmiento compra grabados y planos: parece un viajero concienzudo y ordenado.

El día 20 Sarmiento toma un barco a vapor para remontar el Garonne hasta Agen, residencia del poeta Jasmín. Ese buen señor, nacido en 1798, era peluquero y no contento con dedicarse al noble arte capilar escribía poemas que fueron elogiados nada menos que por Sainte Beuve. Este hombre además de ser peluquero y poeta, tenía otra peculiaridad: escribía en provenzal o, mejor dicho, en gascón. Espero saber un día por qué Sarmiento fué a visitarlo. El caso es que hicieron buenas migas, al parecer, ya que el poeta gascón regaló su retrato en daguerrotipo al argentino y debajo de ese retrato y de su firma fechada en Agen 21 de septiembre de 1846, escribió un fragmento de una balada titulada *Lous dus Bessous*, título que no significa lo que ustedes se han creído sino: Los mellizos. La efigie, el poema y la traducción de Jasmín están en un documento inédito en el Museo Histórico Sarmiento. Me olvidaba un detalle que tiene su importancia: debajo del retrato del poeta se puede leer "Offert à Mr. Sarmiento par l'auteur" lo que en buen romance significa: ofrecido al Sr. Sarmiento por el autor.

El 2 de octubre Sarmiento está en Bayona y poco después salva la frontera y se queda en España hasta el 19 de diciembre, llegando a Argel el 20.

Y automáticamente, fiel al principio adoptado, después de emplear el castellano para redactar su diario de gastos todo el tiempo que estuvo en España, al volver a tocar un territorio francés, Sarmiento utiliza el idioma francés.

Leemos el día 26: "Un alboroz fino de Túnez, 50 francos". Pero el anhelo de color local de nuestro viajero no se contentó con eso; se puede ver en el Museo una fotografía que representa a Sarmiento vestido con dicho alboroz y montado en un camello.

Como siempre Sarmiento se documenta sobre el país que

visita y, en su carta a Joaquín Thompson, explica con acierto laa situación francesa en Argelia.

Gracias a la carta de recomendación de Lesseus, Sarmiento está atendido a cuerpo de rey. Y gracias a la acogida que le hacen los oficiales franceses, puede olvidarse de los malos ratos que pasó en el laut o sea barquito de mala muerte que lo hamacó despiadadamente durante horas y horas entre Mallorca y Argel. Ahí si que nuestro viajero se puso pálido, primero cuando se enteró de que no había camarote para él, segundo, cuando tuvo que pasarse la noche acurrucado sobre una barrica de aceite, expuesto al frío de diciembre, y tercero cuando las olas le hicieron ver no las estrellas sino un horizonte reñido con la línea horizontal.

A tierra tiene una entrevista con el mariscal Bugeaud, duque de Isly, que le hace el honor de explicarle detalladamente su sistema de guerra y administración.

El 29 de diciembre el mismo Bugeaud entonces gobernador de Argelia, escribe una carta cuyo original está en el Museo Sarmiento y que dice así en la traducción:

“General, tengo el honor de recomendar a su particular benevolencia al Señor Sarmiento, literato español de Buenos Aires, que viene a visitar a Argelia. Sírvase facilitarle los medios para ello en lo que de Ud. dependa”.

¿A qué general iba dirigida la carta? Podemos suponer que se trata del general Arnault que mandaba la subdivisión de Máscara y que, dice Sarmiento “Le prodigó todas aquellas atenciones que parecen geniales a los franceses”. Entre esas atenciones figuraba una partida de caza “Una comitiva de oficiales —escribe Sarmiento— me acompañó por invitación suya a correr a caballo por la llanura de Eghrees, en la que se proponía hacer una razzia sobre algunas malaventuradas aves acuáticas para disecar como recuerdo de mi paseo en el interior de Africa. “Y la cacería sería fructuosa ya que en el idario de gastos, el 5 de enero de 1847, leemos: jabón arsenical para embalsamar o disecar pájaros, 1 franco”.

Sarmiento relata con buen humor y gracia y su prosa ágil refleja perfectamente el optimismo o mejor dicho el sentimiento eufórico que experimenta un viajero joven y culto al descubrir un mundo insospechado, entregándose libremente al placer de vivir.

El viajero se siente algo mortificado por el trote de uno de aquellos caballitos árabes saltarines y movedizos. Poco importa, el viajero olvida pronto la dureza de la silla y se abandona a las delicias de galopar por montes y valles. Siente náusea cuando tiene que comer tortas fritas hechas con manteca rancia y bañadas en miel pero en vez de quejarse saca de tripas corazón y hace de la diffa —comida árabe— una descripción tan bien lograda que nos parece verlo sentado en cuclillas adornado con su dichoso albornoz, haciendo muecas y comiendo sin ganas, con la barba negra moviéndose al compás de la masticación. Después de esta evocación aperitiva no puedo menos de deleitarnos con el manjar llamado cuscussú: “Es el cuscussú —aclara nuestro gastrónomo— una arenilla confeccionada a mano, hecha con harina frita sin sal y anegada después en leche. Confieso que cuando se presentó el enorme plato que lo contenía, el cuerpo me temblaba de pies a cabeza, no obstante que nunca he tenido miedo a manjar ninguno; un sudor helado corría por mis sienes y el estómago, no que el corazón, me latía, cual gime el niño a quien el pedagogo manda al rincón. Lo peor del caso era que yo debía principiar como el héroe de la fiesta, sin lo cual nadie era osado de hundir su cuchara de palo en la movable arena farinácea.

Repentinamente, como el que al bañarse en el mar se precipita de cabeza después de haber vacilado largo tiempo presintiendo la impresión del frío, yo enterré la cuchara hasta el mango, y sacándola llena de cuscussú y leche la sepulté en la boca. Lo que pasó dentro de mí en ese momento resiste a toda descripción. Cuando abrí los ojos me pareció hallarme en un mundo nuevo; todos mis tendones contraídos por el sublime esfuerzo de voluntad que acababa de hacer, se fueron estirando poco a poco, y dispersándose con la alegría de soldados que

abandonan la formación después de disipada la alarma hija de alguna noticia falsa.

De todo ello he concluído que, o el cuscussú no es abominablemente ingrato; o que Dios es grande y sus obras maravillosas; o en fin, que no se ha inventado todavía el potaje que me ha de hacer volver la cara”.

Sarmiento sabe alternar el tono jocoso y las reflexiones serias.

Después de esta página de antología, compara muy acertadamente la vida de los gauchos en la pampa y la de los árabes en el desierto. Hasta llega a emplear términos como “baqueanos árabes”: Entre otras cosas los baqueanos árabes me llamaron la atención por la singular identidad con los nuestros de la pampa. Como éstos huelen la tierra para orientarse, gustan las raíces de las yerbas, reconocen los senderos, y están atentos a los menores incidentes del suelo, las rocas o la vegetación”.

Después de esta excursión al Africa, Sarmiento pasa a Marsella donde se queda algunos días y se embarca para Italia; luego va a Suiza, Alemania, Holanda, Bélgica.

El 13 de Junio de 1847 Sarmiento está de nuevo en París y el mismo día apunta en su diario de gastos: “Ferrocarril a Mainville”. Ya se va terminando la estadía de Sarmiento en Francia. Pero queda un episodio importante de su vida francesa. Se dice, que poco a poco el tiempo va haciendo su obra. Y efectivamente durante su ausencia y gracias al artículo de Mazade sobre “*Civilización y Barbarie*” en *La revista de Ambos Mundos*, Sarmiento ha ido cobrando fama en París, y puede presentar su candidatura al Instituto Histórico de Francia para ser admitido como miembro de dicho Instituto. Según los documentos que tenemos, sea los extractos de sesiones publicados en *L’Investigateur*, diario del Instituto Histórico, sabemos que “La asamblea general se reunió el 30 de Julio de 1847 bajo la presidencia del abate Larroque”. El acta dice después: “Se abre la sesión a los efectos de la admisión definitiva de la candidatura del señor Sarmiento, miembro de la

Universidad de Chile, ya admitido por la primera sesión. Se votó en escrutinio secreto y el señor Sarmiento fué proclamado miembro correspondiente de la sociedad”.

En la libreta de gastos comprobamos que Sarmiento pagó 20 francos por el diploma del Instituto. Este documento está en el Museo Sarmiento. Ahora los historiadores no están de acuerdo en cuanto al día en que Sarmiento pronunció o presentó su discurso de recepción. En esta discusión podemos puntualizar lo siguiente: el discurso presentado al Instituto lo fué en francés. Y es algo distinto del texto castellano publicado por Sarmiento en Chile en marzo de 1848.

El mismo Sarmiento fecha este discurso en París 1º de julio de 1847; pero en una carta a don Manuel Montt, fechada también en París julio 15 de 1847, escribe: “Estoy propuesto miembro del Instituto Histórico de Francia, y me recibiré dentro de ocho días. Espero para ello concluir un pequeño discurso”. Según esta declaración, apunta el Sr. A. Castro que publica esta carta en el folleto titulado “Sarmiento y Montt” (P. 47) Sarmiento se incorporó al Instituto y leyó su discurso el 23 de julio de 1847, lo que rectifica la fecha dada por él mismo: 1º de julio”. Más importante que la fecha exacta es saber si Sarmiento pronunció su discurso; hasta ahora es casi imposible averiguarlo. Ningún documento lo dice. Ahora este discurso plantea otro problema: El discurso versa sobre San Martín y Bolívar e incluye una carta publicada anteriormente por el francés Lafond.

Esta carta, cuyo original se ha extraviado, fué escrita por San Martín a Bolívar después de la entrevista de Guayaquil y aclara la actuación, el patriotismo y desprendimiento del prócer argentino. Muchos historiadores están de acuerdo para afirmar que San Martín asistió a la sesión en la que Sarmiento presentó su estudio. Con qué emoción el desterrado oiría evocar los momentos más gloriosos de su heroica y humanísima carrera.

Dando fin con esta apoteosis a su estadía en Francia, el

29 de julio Sarmiento se dirige hacia Boulogne donde se embarca al día siguiente para Inglaterra.

Después de este viaje Sarmiento mantuvo con sus amigos de Francia una correspondencia que no se conoce muy bien todavía. En el archivo del Museo Histórico de Buenos Aires hay centenares de cartas escritas en francés dirigidas a Sarmiento. He podido leer algunas y por ellas me he podido convencer de la simpatía y de la admiración que sintieron por el gran Argentino un número importante de franceses. Y es aleccionadora toda la correspondencia dirigida a Sarmiento por franceses radicados en la Argentina que le piden amparo o ayuda.

Entre tantas cartas que no he terminado de leer, he seleccionado algunas que subrayan la estima que Sarmiento se mereció en Francia.

En una carta fechada en París febrero 24 de 1867, el presidente del Instituto Histórico de Francia recuerda a Sarmiento que sus memorias son famosas y estimadas en Francia y le ruega encarecidamente le mande otros trabajos, suplicándole que siga colaborando en la revista del Instituto.

Citaremos una carta de Hachette, el fundador de la editorial del mismo nombre. Hachette acusa recibo de una carta de Sarmiento, le da noticias de su nieto Augusto, entonces en París y alude a ciertos pedidos que desde Buenos Aires le hiciera el Sr. Belin, yerno de Sarmiento.

En el archivo del Museo Histórico Sarmiento figuran unas cien cartas dirigidas a Sarmiento por el Sr. John Le Long a quien conociera en París y que se ocupó activamente en fomentar la emigración francesa y suiza a la Argentina. Esta correspondencia se merecería un estudio aparte por el interés que ofrece el punto de vista de un extranjero inteligente acerca de los acontecimientos del Plata.

Le Long era periodista y encargado de informar a la prensa parisiense sobre la política argentina. Sacaremos solamente de esta correspondencia unos detalles que evidencian una vez más los vínculos permanentes de amistad que Sarmiento

conservó con Francia . En una carta del 27 de septiembre de 1866 Le Long le escribe; "La señora Le Long que estuvo delgada desde 2 meses, me encarga decir a Ud. que será encantada de verle en París dentro de 6 meses". En una carta del 22 de agosto de 1867 Le Long reincide "Mme. Le Long espera como yo que antes de regresar al Río de la Plata, (Sarmiento estaba entonces en Estados Unidos) Ud. podrá venir a vernos de nuevo a París sin que para eso, tengamos que esperar otros veinte años".

Esta carta resulta más clara si recordamos que, precisamente en 1867, Sarmiento hizo una escapadita a Francia.

No sabemos casi nada de este viaje. Sarmiento fué a París a ver la Exposición Universal pero no se tomó el trabajo de redactar un diario de gastos. En una carta fechada en París julio de 1867 y publicada en el Tomo I, p. 17 del Archivo Mitre, Sarmiento escribe: "he pasado 30 días en París". Por la misma carta, sabemos que Sarmiento, además de visitar la Exposición, estuvo con su amigo Le Long.

Una curiosa carta de Le Long fechada en París septiembre 2 de 1869 nos revela que al margen de sus ocupaciones y preocupaciones de hombre de estado Sarmiento había comprado una Venus al pie de la cual escribió: "A la grata memoria de las mujeres que me amaron y me ayudaron en la lucha por la existencia". Pues bien, casi toda la carta de Le Long aludida anteriormente gira en torno a esa Venus que había sufrido un accidente en el transporte. Sarmiento había mandado a su amigo parisién una foto de la estatua para que éste viese con el fabricante si eso tenía compostura. Y en más de tres páginas Le Long explica las gestiones que ha hecho y como el fabricante le aconseja que diga a Sarmiento que dicha estatua se puede fácilmente arreglar en Estados Unidos pero que está dispuesto a devolverla a su estado primitivo si el ilustre cliente prefiere mandársela. Y entonces era presidente de la República! Pero, claro, también un Presidente es hombre.

Se sabe también que Sarmiento mandó su nieto predilecto

a París, recomendando a la familia Belin se encargue de su educación.

Gracias a sus relatos de viajes y a la correspondencia inédita a la que aludimos, nos damos cuenta que Sarmiento no se contentó con hacer un paseo de turismo. Supo observar, y justipreciar las calidades y los defectos de la sociedad francesa en tiempos de Luis Felipe. Y más aún, supo granjearse muchas simpatías y ser uno de los artesanos de la amistad franco argentina.

PAUL VERDEVOYE

